

FRANCISCO VARO

NÚMEROS

Comentarios a la
Nueva Biblia de
Jerusalén



Desclée De Brouwer

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
1. La investigación crítica sobre el libro de los Números.....	10
1.1. El redimensionamiento del «yahvista»	12
1.2. Las vacilaciones sobre el «deuteronomista».....	13
1.3. La crisis del «sacerdotal».....	14
2. Números en la encrucijada redaccional de la historia bíblica	16
3. La estructura interna del libro de los Números	20
4. Perspectivas teológicas.....	23
4.1. Una nueva generación	24
4.2. El Pueblo de Dios en marcha.....	25
4.3. Dios habita en medio su Pueblo	27
5. Coordenadas de este comentario.....	30

COMENTARIO

PARTE I. LA GENERACIÓN QUE SALIÓ DE EGIPTO.....	35
CAPÍTULO 1: EL CENSO (caps. 1-4)	37
CAPÍTULO 2: LEYES DIVERSAS (caps. 5-6).....	63
CAPÍTULO 3: OFRENDAS DE LOS JEFES, CONSAGRACIÓN DE LOS LEVITAS Y CELEBRACIÓN DE LA PASCUA (7,1-10,10).....	75

NÚMEROS

CAPÍTULO 4: EN MARCHA POR EL DESIERTO (10,11 - 14,45).....	93
CAPÍTULO 5: ORDENANZAS SOBRE LOS SACRIFICIOS. PODERES DE LOS SACERDOTES Y DE LOS LEVITAS (caps. 15-19)	125
CAPÍTULO 6: DE CADES A MOAB (20,1 - 25,18)	151
PARTE II: LA NUEVA GENERACIÓN	189
CAPÍTULO 7: NUEVAS DISPOSICIONES (25,19 - 30,17)	191
CAPÍTULO 8: BOTÍN Y REPARTO (caps. 31-36)	213
CONCLUSIÓN	237
BIBLIOGRAFÍA BÁSICA.....	239

INTRODUCCIÓN

El libro de los Números no ha tenido suerte en sus campañas de imagen, así que es poco conocido por el gran público. Tampoco arranca con una narración trepidante que atrape al lector y lo retenga hasta el final. Más bien sucede lo contrario. La solemne meticulosidad con que describe el censo de las tribus y la organización del campamento israelita en sus primeras páginas puede aburrir pronto a quien lo toma en sus manos sin estar prevenido. Pero quien sucumba a la tentación del tedio y abandone su lectura, se pierde una de las obras más apasionantes de la literatura universal.

A primera vista es como un repertorio heterogéneo donde se pueden encontrar listas de censos, normas legales, catálogos de objetos destinados al culto o fragmentos de viejos poemas, todo ello remendado sobre el relato de una expedición que recorre terrenos inhóspitos. Sin embargo, en su entramado esconde textos narrativos de gran fuerza expresiva y con un alto valor plástico, que durante siglos han proporcionado inspiración a pintores, escultores y literatos. Pensemos en el maná y las codornices, los exploradores portando en la pértiga un racimo gigante, la serpiente de bronce, la vara florida de Aarón o la burra de Balaán, por sólo mencionar algunos.

Repasar despacio sus páginas es como contemplar las vitrinas de una exposición arqueológica llenas de piezas toscas y fascinantes, con unas palabras de acompañamiento, dispuestas con un cierto orden general que expresa por sí mismo el mensaje querido por el comisario de la muestra. Cada pieza tiene una historia y evoca un rico mundo de referencias en el que adentrarse. Pero tan interesante

como admirar cada uno de los objetos es la aventura de entrar en el contexto vital, social, cultural y religioso del que proceden, la de indagar sus huellas en la historia, o la de captar el sentido que cobran en el diseño de la muestra donde los admiramos.

Por eso, este libro está lleno de sorpresas atractivas para el historiador o el crítico literario, pero también para el lector curioso. Contiene piezas breves muy antiguas. A la vez, la trama argumental del libro refleja una compleja actividad redaccional, que ha conducido a una forma final, la que actualmente tenemos, sostenida por una estructura que no se deja describir con las coordenadas racionales de un diseño cartesiano, sino que sólo es posible tantear con la dificultad y el asombro con que se intenta comprender cómo funciona un ser vivo.

Para saber cómo son y cómo funcionan los seres vivos es imprescindible un estudio científico de la biología. Sin embargo, cuando el ser vivo es inteligente, no basta. Para conocer a fondo a una persona no es suficiente con leer un informe médico exhaustivo de ella. La conversación cara a cara y la convivencia un día tras otro es insustituible y, en suma, resulta decisiva.

Estudio riguroso, con una metodología técnica adecuada, y diálogo personal son también imprescindibles, cada uno en su ámbito, para conocer la Palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura. En las páginas que siguen intentaremos proporcionar al lector una información y unas herramientas que le ayuden a adentrarse con rigor literario e histórico en las páginas del libro de los Números, a la vez que le sugieran pistas para una comprensión teológica de su mensaje. Pero es a cada lector a quien incumbe la tarea, y quien puede experimentar el inmenso gozo, de entrar en diálogo con esa Palabra que le abre a la plenitud del sentido.

1. LA INVESTIGACIÓN CRÍTICA SOBRE EL LIBRO DE LOS NÚMEROS

El rico y complejo mundo del libro de los Números ha sido objeto de atención de la investigación historico-crítica desde hace más de un siglo. Aunque quedan líneas abiertas, las aportaciones a su mejor conocimiento y comprensión que se han realizado son hoy imprescindibles. Por eso, pensamos que, antes de adentrarse en el texto,

puede interesar al lector disponer de una información sintética acerca del camino recorrido por esa investigación y de dónde se encuentra en el momento actual. De este modo se pueden comprender mejor los puntos de partida y la orientación que, dentro del estilo general de las monografías de la Nueva Biblia de Jerusalén, hemos pretendido dar a este comentario.

Para comenzar, conviene remontarse un poco en el tiempo. El primer tratado sistemático que puso las bases para la investigación crítica de Números, y que ha sido un punto de referencia obligado para muchos estudios en el siglo XX, fue el comentario publicado por George Buchanam Gray en 1903 para la colección *The International Critical Commentary*. Este profesor de hebreo y exégesis del Antiguo Testamento en el Mansfield College de Oxford asumió como marco de referencia la hipótesis documentaria que no mucho antes había propuesto Julius Wellhausen.

Gray piensa que el libro de los Números está compuesto por materiales yahvistas (J), elohistas (E) y sacerdotales (P). Del deuteronomista no habría nada en él. Más en concreto, Números derivaría principalmente, según él, de dos obras anteriores. Una de ellas sería una recopilación (JE), realizada a finales del siglo VII a.C., de unos pasajes de procedencia yahvista y de otros elohistas. La segunda obra previa sería la historia sacerdotal de algunas instituciones sagradas (P^g), escrita en torno al año 500 a.C. A esa historia sacerdotal se le añadirían posteriormente, siempre en ámbitos sacerdotales, algunas historias complementarias (P^s) y materiales de tipo legal (P^x).

Textos procedentes de la recopilación JE se encontrarían, por ejemplo, en los relatos de la puesta en marcha desde el Sinaí, el maná y las codornices, los setenta ancianos, la reivindicación de la figura de Moisés y el castigo de María (10,29 – 12,15), el envío de los exploradores (caps. 13 – 14), la rebelión de Datán y Abirón (cap. 16), los mensajeros a Edom y la negativa que encontraron (20,14-21), y la mayor parte de los episodios de Balaán (22,2 – 25,5).

Sin embargo, los elementos sacerdotales son los que tienen mayor protagonismo en el libro, ya que todo él está enmarcado por dos grandes secciones sacerdotales. Una de ellas trata sobre la organización del campamento y la dedicación del tabernáculo (1,1 – 10,10) y la otra está compuesta casi en su totalidad por normas legales que

Israel debería tener en cuenta cuando se instalase en la tierra de Canaán (26,1 – 36,13). Pero también en las secciones centrales del libro abundan los textos sacerdotales, como sucede con las leyes de los caps. 15 y 19, el relato de la rebelión de Coré con el consiguiente castigo (caps. 16 – 17) y lo que se refiere a la vara florida de Aarón, así como a la superioridad de la tribu de Leví (17,16 – 18,32). De hecho, según el comentario de Gray, más de tres cuartas partes del libro son de origen sacerdotal, por lo que la teología sacerdotal es la que marca la principal impronta de su contenido.

En una línea análoga por lo que se refiere a las fuentes, pero con mayor escepticismo acerca de la atribución de los distintos pasajes a los documentos «tradicionales» de la hipótesis documentaria, se mueve Martin Noth en su comentario al libro de los Números.

Es decir, hasta bien entrada la segunda mitad del siglo veinte la cuestión de los documentos previos a la composición del libro de los Números sigue moviéndose en el ámbito de la hipótesis trazada por Wellhausen. Sin embargo, en los años siguientes se fue percibiendo la necesidad de redimensionarla y corregirla muy a fondo, tanto por lo que respecta a los textos yahvistas y elohistas como a los sacerdotales.

1.1. EL REDIMENSIONAMIENTO DEL «YAHVISTA»

Gray y Noth habían datado, siguiendo a Wellhausen, los textos yahvistas en el siglo IX a.C., y los elohistas en el VIII a.C., y de esos documentos, posteriormente refundidos, procederían los pasajes no sacerdotales de Números. Pero no habría en ellos huellas del deuteronomista. Sin embargo, en las últimas décadas del siglo XX, tal planteamiento ha sido fuertemente cuestionado.

Una de las voces discordantes con tonos más polémicos es la de John Van Seters. Aunque mantiene en uso el término «yahvista» para seguir designando a unos textos que tienen unas características propias, lo redefine por completo al datar todo ese material en el periodo exílico –y no en los primeros tiempos de la monarquía, como lo hacían Wellhausen y sus seguidores– y al detectar una fuerte interacción entre esos escritos y el Deuteronomio. Es más, en su opinión ese «yahvista» escribe después del Deuteronomio y de la Historia Deuteronomista, y refleja un deuteronomismo tardío.

Para Van Seters, el yahvista es un historiador que se esfuerza por presentar las antiguas tradiciones sobre los orígenes de Israel en el contexto de las tradiciones orientales y occidentales sobre los tiempos primigenios. Su obra historiográfica tiene una primera parte constituida por los textos contenidos en el Génesis, que constituyen el prólogo a la historia de la nación, a la que sigue una segunda, que es una biografía de Moisés desde su nacimiento, narrado en el comienzo del libro del Éxodo, hasta su muerte referida al final del Deuteronomio. En abierto contraste con lo que pensaban Gray y Noth acerca de que en Números no había rastros de deuteronomismo, Van Seters afirma que en todos los textos yahvistas del libro de los Números se refleja una tendencia deuteronomista tardía, obra de un historiador judaíta que vivió entre los exiliados de Babilonia y en el que se aprecia también un fuerte impacto de la obra del segundo Isaías.

Otra voz discordante con los planteamientos de la hipótesis documentaria acerca de los textos pre-sacerdotales del libro de los Números, aunque en una línea diferente a la de Van Seters, es la de Erhard Blum. También éste piensa que los materiales literarios que están en la base del libro de los Números no provienen de la época de la monarquía, sino que son parte integrante de una gran composición pre-sacerdotal (KD), redactada bajo la influencia deuteronomista y cercana a los redactores de la historia deuteronomista, compuesta en un primer momento del periodo post-exílico. Sin embargo, es significativo que –a pesar de la sigla que utiliza para designarla– no caracterice a esa composición como «deuteronomista», sino como «pre-sacerdotal», ya que percibe una gran heterogeneidad de los materiales literarios previos a la redacción sacerdotal.

1.2. LAS VACILACIONES SOBRE EL «DEUTERONOMISTA»

Esta apreciación está siendo cada vez más ampliamente compartida, por lo que en los últimos años se ha suscitado un debate acerca de la terminología a utilizar para designar esos escritos. En concreto, se han alzado voces de duda acerca de que sea posible caracterizar como deuteronomistas esos pasajes previos a la reelaboración sacerdotal.

El motivo es que el uso de términos o expresiones comunes con el Deuteronomio, que suele ser la razón esgrimida con más frecuencia,

no parece un elemento suficiente para catalogar un documento como deuteronomista, ya que es posible que esas coincidencias pudieran tener su origen simplemente en el patrimonio común de Israel, sobre todo teniendo en cuenta que entre los textos que se vienen considerando como deuteronomistas hay una notable diversidad. Por eso, muchos autores prefieren el término «pre-sacerdotal» para designar los relatos anteriores a la redacción sacerdotal, independientemente de que constituyeran, o no, una historia previa.

En poco tiempo, pues, se ha pasado de una atribución masiva de textos tradicionalmente considerados yahvistas o elohistas al deuteronomista, y a un fuerte escepticismo acerca de la conveniencia de calificar como deuteronomista en sentido estricto a un conglomerado de materiales literarios tan heterogéneo.

1.3. LA CRISIS DEL «SACERDOTAL»

Si en la investigación de las fuentes que intervienen en el libro de los Números fue debatida la cuestión acerca del origen de los textos «deuteronomistas», o si se prefiere «no sacerdotales», otro tanto se puede decir acerca de la caracterización de la historia sacerdotal.

En el comentario de Gray, de acuerdo con los presupuestos de la hipótesis documentaria, se consideraba que la historia sacerdotal había sido escrita independientemente de la yahvista-elohista. Ciertamente tomaba en consideración las evidentes interacciones entre las redacciones de una y otra, como es el caso de la mezcla de ellas que hay en el episodio de los exploradores (caps. 13 – 14) o de las rebeliones de Coré, Datán y Abirón (cap. 16), pero se trataría de cuestiones de importancia menor al investigar las fuentes originales. Sin embargo, lo que hoy se discute es la propia existencia de un documento sacerdotal. Veamos cómo se ha llegado a esta situación.

En el comentario a Números de Martin Noth ya se comenzaba a cuestionar la independencia de los textos yahvistas y elohistas con respecto a los sacerdotales. En efecto, Noth observaba que hay pasajes, especialmente en los caps. 13–14; 15; 16–19, donde parece que la narrativa sacerdotal ha proporcionado las formas literarias básicas para esos textos. De hecho, la dificultad para delimitar los tres niveles en la composición de la historia sacerdotal (P^g, P^S y P^X), utilizada por Gray y por él mismo en su análisis, así como en algunos pasa-

jes sus interrelaciones con JE, constituyeron un problema real que estimuló fórmulas creativas en busca de respuestas convincentes.

En ese contexto de investigación fueron adquiriendo mayor notoriedad las vacilaciones acerca de la existencia de un documento sacerdotal autónomo, con vida propia, que hubiera quedado incluido en el Pentateuco. No se ha dudado de que hubiese textos sacerdotales en el Pentateuco, pero se ha discutido mucho sobre su caracterización y datación. De hecho, pronto se apuntó la posibilidad de contemplar P más como una reelaboración de JE que como una obra separada de ella. Es decir, se trataría de una obra compuesta primariamente como un suplemento a JE, o de un estrato redaccional que integrara elementos previos.

John Van Seters, siguiendo esas intuiciones, considera que P es un estrato que complementa al yahvista, y por tanto –según su hipótesis sobre este punto, antes mencionada– posterior al Deuteronomio y a la Historia Deuteronomista. Por su parte, también Erhard Blum señala que no se puede hablar de una historia sacerdotal que haya tenido una existencia independiente, sino sólo una composición sacerdotal (KP) que es fruto de una relectura crítica sacerdotal que reelabora la KD. Ninguno de los dos piensa en un escrito sacerdotal autónomo. Pero no son los únicos. En los últimos años muchos otros investigadores se han ido sumando a la convicción de que el material sacerdotal del Pentateuco nunca tuvo una existencia previa como documento o fuente independiente, sino que más bien ha de ser considerado como la sistematización y complementación de una obra o tradición ya existente.

Quedan, no obstante, algunos autores que siguen pensando en que se puede hablar de un escrito sacerdotal independiente, aunque restringen notablemente sus dimensiones. Thomas Pola en su tesis doctoral presentada en Tubinga mantiene que ese documento terminaría en Ex 40, y según E. Otto su límite final estaría en Ex 29. Es decir, en ambos casos ese hipotético documento no alcanzaría al libro de los Números.

En los últimos años del siglo veinte, pues, la investigación crítica sobre la composición del Pentateuco, y por tanto del libro de los Números, ha sido sumamente compleja. El marco de referencias que proponía la hipótesis documentaria clásica, con sus cuatro fuentes, se considera definitivamente roto.

Ahora se distinguen básicamente dos estratos, uno pre-sacerdotal y otro sacerdotal, aunque casi nadie se atreva a considerarlos como documentos que tuviesen una existencia previa independiente. También se apunta al periodo post-exílico como momento de la puesta por escrito de la casi totalidad de esos textos, y al final de la época persa como momento de la redacción que sería definitiva del Pentateuco.

No obstante, aún quedan muchos flecos sueltos a la hora de dilucidar con precisión la historia literaria de los textos, el alcance de las fuentes previas, o el modo y las circunstancias históricas concretas de las diversas etapas redaccionales recorridas hasta alcanzar la forma final.

2. NÚMEROS EN LA ENCRUCIJADA REDACCIONAL DE LA HISTORIA BÍBLICA

A la vez que la investigación crítica sobre la formación del Pentateuco revisaba la caracterización de los documentos o composiciones que lo han configurado, y retrasaba su datación hasta los periodos más tardíos de la época persa, las fechas establecidas entre esas composiciones previas y la redacción final se iban acercando. Es más, cada vez más se iba llegando a la convicción de que composición y edición están muy relacionadas; por eso, se sigue con creciente interés lo sucedido en esas últimas etapas que llevaron a la configuración definitiva del texto canónico.

De hecho, en las últimas décadas esa investigación ha ido desplazando su foco de interés desde el estudio de los documentos previos que se fueron integrando en el Pentateuco al proceso mismo de integración de esos escritos en las fases finales de su redacción. Es razonable que sea así, pues el proceso de cierre del conjunto de esos cinco libros tiene una fuerte incidencia en el sentido que adquiere cada uno de ellos, según desde qué perspectiva global se mire.

Unas sencillas observaciones pueden ser suficientes para percibir que el Pentateuco es una obra literaria que, aunque en su redacción se haya contado con textos anteriores, reclama ser leída en su conjunto.

En efecto, todo él está configurado por una trama narrativa suficientemente clara en la que no faltan marcas de continuidad, aunque de vez en cuando aparezca interrumpida por la inclusión de amplios textos legales. En el progreso de la narración van apareciendo refe-

rencias temporales o espaciales a acontecimientos de singular importancia que ordenan cronológicamente los diversos materiales literarios integrados en el conjunto. Estas marcas redaccionales organizan una superestructura narrativa que, además, trasciende el marco propio de cada uno de los cinco libros que configuran la división tradicional.

Entre otros detalles, es posible observar que en todo el Pentateuco se ordenan distintos relatos situándolos en el tiempo y datándolos con respecto a la salida de los hijos de Israel de Egipto, que está narrada en el libro del Éxodo. Pero los relatos organizados con esa estrategia narrativa no están sólo en ese libro sino también en Números y Deuteronomio (Dt 1,3). A su vez, esa salida es fechada con respecto a la llegada de los hijos de Israel a Egipto (Ex 12,40), de la que se trata en el Génesis.

Pero el esquema estructurante que proporcionan esas indicaciones temporales relativas a la salida de Egipto se entrecruza con un marco espacial que sitúa los relatos en sucesivas etapas en la marcha por el desierto. Una recapitulación de ese itinerario que comienza con la salida de Egipto se encuentra en el libro de los Números (33,1-49), pero las etapas que en él se mencionan estructuran la narración en Éxodo, Números y Deuteronomio (Dt 34,1-8).

Por lo que se refiere al libro de los Números, estos datos indican que ha de leerse como una parte del conjunto literario más amplio en el que está insertado.

Sin embargo, las dificultades surgen de nuevo al intentar fijar los límites de ese conjunto más completo del que forma parte. ¿Termina con el Pentateuco o más adelante?

Si nos fijamos en la datación con respecto a la salida de Egipto, las marcas estructurantes de la redacción no terminan en el Deuteronomio, sino que llegan hasta los libros de los Reyes, donde se dice que el templo de Jerusalén fue construido en tiempo del rey Salomón, cuatrocientos ochenta años después de la salida de los israelitas de la tierra de Egipto (1 R 6,1), y ese dato no es irrelevante, pues apuntaría a una estructuración literaria que comienza con Gn 1 mediante un esquema que en su relato de la creación anticipa la instauración de un culto en el Templo que se construiría, al señalar que el día cuarto fueron creados los cuerpos celestes para fijar el calendario litúrgi-

co, y que en el día séptimo se instauró el descanso sabático. Todo esto apuntaría a que la trama narrativa del Pentateuco puede interpretarse como parte de una ambiciosa historia nacional que se extendiese desde los orígenes del mundo y del hombre hasta el final de la época monárquica, que termina fuera de los confines de su tierra, en el exilio de Babilonia. Téngase en cuenta que Adán y Eva, al comienzo de la narración, son expulsados de la tierra que el Señor había puesto a su disposición, y que la historia de los orígenes de la humanidad (Gn 1 – 11), que de algún modo recapitula el futuro desarrollo de los acontecimientos, termina en Babel (esto es, en Babilonia).

En esa línea se mueve también, aunque con otros parámetros, la hipótesis de Erich Zenger de que la primera fuente del Pentateuco sería una «obra histórica jerosolimitana» compuesta poco después del asedio de Senaquerib en el 701 a.C., a partir de unos ciclos narrativos independientes, que se extendería desde el comienzo de la época patriarcal en Gn 11 hasta el final del libro de Josué. Escrita en un momento de crisis, con Judá sometida al vasallaje asirio, sería obra de ambientes sacerdotales, administrativos y proféticos que reflexionarían sobre las relaciones con Yahvé de Judá y el recién caído Israel, en busca de una renovación religiosa y política. Poco después, durante la reforma de Josías, el Deuteronomio, cuyas raíces estaban ya puestas desde el reinado de Ezequías, recibiría su forma literaria, como documento del pacto. Más tarde, como consecuencia de la crisis exílica del 587 a.C., esa obra sería reelaborada y ampliada, adelantándose su comienzo al relato de la creación del ser humano en el Edén (Gn 2,4b) y prolongándose sus contenidos hasta el exilio de Babilonia, integrando en ese momento gran parte de la historia de los orígenes, el Código de la Alianza y el Deuteronomio, así como los relatos acerca de los jueces y de los reyes. A esta edición notablemente ampliada con respecto a la anterior, Zenger la denomina «historia exílica», y estaría dominada por una perspectiva deuteronomico-deuteronomista. En los primeros momentos del post-exilio, marcando distancias respecto a la «historia exílica» y algo después que ella, hacia el 520 a.C., se compondría un «relato sacerdotal» que, posteriormente, en momentos de colaboración entre teología deuteronomista y sacerdotal, fue unido a esa historia, en el contexto de la erección de la provincia de Judá en el imperio persa en torno al 450 a.C.,

y tal vez con el impulso de Nehemías. Por último, sobre el 400 a.C. y por obra de Esdras, se separarían de ese conjunto los cinco primeros libros para constituir la Torah o ley constitucional de Judá, y quedaría el resto formando el bloque de los «profetas anteriores».

Además de E. Zenger y los seguidores del llamado «modelo de Münster», son numerosos los investigadores que se han centrado en el estudio de los marcadores redaccionales que invitan a reflexionar sobre el proceso de fijación de los límites de ese conjunto historiográfico, y posteriormente del Hexateuco y del Pentateuco.

En efecto, al analizar el conjunto, muchos elementos invitan a pensar de entrada en un Hexateuco. Por ejemplo, la promesa de la tierra hecha a Abrahán no se cumple en plenitud hasta su toma de posesión y reparto, en el libro de Josué. Pero también sucede lo mismo con algunos detalles que pueden parecer anecdóticos, como son los relativos a los huesos de José: el juramento que hace pronunciar a los hijos de Israel de que se los llevarían a la tierra que Dios prometió a sus padres (Gn 50,25) es recordado por Moisés, que los toma consigo al salir de Egipto (Ex 13,19) y es cumplido definitivamente por Josué al sepultarlos en Siquén (Jos 24,32). Estos y otros indicios más invitan, pues, a leer los textos en una «lógica hexateucal» dominada por la posesión de la tierra como un don del Señor.

Sin embargo, otros muchos detalles, más centrados en una teología de la alianza, introducen en una «lógica pentateucal» que subraya el valor central de la Ley.

Unos y otros indicios presentes en los textos son señales del debate teológico post-exílico en unas circunstancias en las que el «lugar» específico de Israel ya no es tanto el país cuanto la Torah, por lo que finalmente terminaría imponiéndose la «lógica pentateucal» sobre la «hexateucal».

La incidencia de ese debate en el libro de los Números juega un papel privilegiado en la voluminosa monografía de Reinhardt Achenbach sobre la redacción de Números. Comienza su estudio con un análisis pormenorizado de Nm 16 y 17, en donde identifica tres estratos redaccionales, todos ellos post-deuteronomistas y post-sacerdotales. La primera redacción, a la que denomina *Hexateuchredaktion*, la sitúa en la primera mitad del siglo V a.C.; se extendería desde Génesis hasta Jueces y estaría caracterizada por su apertura hacia los que no

son israelitas de nacimiento. La segunda, llamada *Pentateuchredaktion*, del siglo V a.C. bien avanzado, subraya la eminencia profética de Moisés. Por último, hay una «reelaboración teocrática» en el siglo IV a.C. dirigida a proporcionar una base autoritativa para organizarse como una comunidad teocrática bajo la supremacía del Sumo Sacerdote. Según su análisis, nada habría en Números de las fuentes tradicionales del Pentateuco, sino fragmentos de viejas tradiciones que han sido integrados en alguna de estas tres redacciones.

El estudio de Achenbach es testimonio elocuente de lo que va llevando consigo el desplazamiento del interés de las investigaciones críticas por los documentos previos al texto hacia las últimas etapas en el proceso de redacción del libro, cada vez más evidente en los últimos años.

3. LA ESTRUCTURA INTERNA DEL LIBRO DE LOS NÚMEROS

En paralelo con el desplazamiento en el interés de los estudios sobre el Pentateuco hacia sus últimas fases redaccionales, en la literatura científica se aprecia también un notable cambio en la perspectiva dominante, que en los últimos años ha pasado a ser la sincrónica, esto es, la que se descubre en la propia estructuración que muestra el texto tal y como ha llegado hasta nosotros.

Aunque, como se ha señalado, no se puede eludir la necesidad de atender a todo el Pentateuco –e incluso el Hexateuco, y hasta la obra historiográfica más amplia– en su conjunto, tampoco se puede obviar la personalidad propia con la que se presenta cada uno de los libros que integran inseparablemente ese conjunto. En efecto, los cortes en el relato del Pentateuco que dan lugar a esos cinco libros responden a una estrategia literaria que realiza esa división atendiendo a que cada una de las unidades resultantes constituyan una obra completa en sí misma, con una estructuración propia del material literario que contiene, y de la que se sigue un significado específico.

En concreto, el libro de los Números tiene un principio y un final claramente marcados mediante un encabezamiento –«El Señor habló a Moisés en el desierto del Sinaí, en la Tienda de la Reunión, el día uno del mes segundo, en el año segundo de su salida de la tierra de Egipto, y les dijo» (1,1)– y una conclusión –«Éstos son los manda-

tos y las disposiciones que el Señor ordenó por medio de Moisés a los hijos de Israel, en las estepas de Moab junto al Jordán, frente a Jericó» (36,13)–. A la vez, por encima de la variedad de materiales literarios de distintas procedencias que han quedado integrados en él, el texto definitivo que ha sido recibido en el canon constituye una unidad orgánica. De modo que se impone la tarea de buscar los rasgos estilísticos y estructurales que integran un material tan diverso en un conjunto que, a pesar de todo, resulta cohesionado.

La estructuración más elemental, que se percibe casi a simple vista, es la basada en los criterios topográficos y temporales. El comentario de Gray ya mencionado se fijaba en los tres escenarios sucesivos en que se desarrolla la acción: el desierto de Sinaí, donde el pueblo permanece diecinueve días (1,1 – 10,11); el norte del Sinaí y el oeste de la Arabá, donde el pueblo está treinta y ocho (redondeando, cuarenta) años (10,11 – 21,9); y el este de la Arabá, en donde pasan no más de cinco meses (21,10 – 36,13).

Muchos otros comentarios posteriores se basan en la localización geográfica que ofrece el propio texto para organizar los escenarios donde se enmarcan las acciones y normas legales. En general suelen distinguir tres escenarios: los alrededores del Sinaí, el desierto de Parán en torno a Cades, y las estepas de Moab. Sin embargo, hay notables divergencias al fijar el límite de cada una de las secciones, especialmente de la segunda, debido a que se mencionan varios cambios de escenario en etapas con sucesos casi irrelevantes en comparación con todo lo narrado antes en los alrededores de Cades o después en Moab. En muchas ocasiones, esta estructuración en tres secciones viene designada en los comentarios atendiendo a los contenidos de los sucesos narrados en cada escenario y no al lugar. Por ejemplo, Philip J. Budd las denomina así: la constitución de la comunidad en el Sinaí (1,1 – 9,14); el itinerario, sus fracasos y éxitos (9,15 – 25,18); y preparativos finales para el asentamiento (26,1 – 35,34). Y más recientemente, W. H. Bellinger Jr. distingue entre: preparación para la marcha (1 – 10), murmuraciones en el desierto (11 – 20) y desplazamientos por Transjordania (21 – 36).

Sin embargo, también se han propuesto otras posibles estructuraciones que den razón de la articulación de todo el libro tal y como ha sido recibido.